

LUIS ALFARO SALAZAR

**VIVENCIA
Y
UNIDAD**



CARACAS - VENEZUELA

LUIS ALFARO SALAZAR

**VIVENCIA
Y
UNIDAD**

CARACAS - VENEZUELA

Graficas Margarita C. A.

A

Mingo, el abuelo perdurable, el olvido costoso;

y

Nina, la madre constructora y humana

Dedico

La Pasión Venezolana de Luis Alfaro Salazar

Luis Alfaro Salazar es un maestro de las más recientes promociones del país. Maestro en función de ciudadanía integral, hemos apreciado en este valioso joven oriental, que también canta en amenos versos o prosa sutil, las cosas de la tierra y el hombre.

Conjunción de educador y escritor, se dan en rasgos definidos en Luis Alfaro Salazar. Hombre que lleva sobre su espíritu, un calor ardiente de la tierra venezolana. Pasión profusa por las cuestiones del arte y la literatura, por las cosas sencillas, por las recreaciones infantiles, por el pensamiento y el dolor del hombre, por la tranquilidad ciudadana, por el sano vivir en ambiente de justificada calma, representan, en síntesis, su mayor y más honda preocupación. Luis Alfaro Salazar es un hombre de mente despierta, pensamiento rápido y vuelo imaginativo, aunando a todo esto un buen grado de simpatía personal y humor siempre oportuno, risueño y sin crueldades.

En este aspecto, cuando anda perdido como hombre entre los hombres, cruzando calles con inmensa rapidez para esquivar la violencia del tráfico urbano, él en medio de su angustia y desesperación, fija su mirada un poco infantil, pero alegre y optimista, en los manojos de muchachas que pasan y le dicen con seriedad cordial:

—Dícales por la casa que no he ido porque he estado muy ocupado, pero que de aquí al sábado estaré por allá.

Ante cosas de tal tenor, dichas con gracia y respeto, las muchachas lo miran, le sonríen en silencio como si se tratara de viejos conocidos, y contentas por el requiebro sano y bien medido, emprenden su marcha sosteniendo un diálogo que sospechamos interesante, por la hermosura y los encantos y la elegancia de las representativas muchachas objeto de la

travesura humorística de Luis Alfaro Salazar. Pero, tomando el rumbo que les corresponde, avanzan también Luis Alfaro Salazar y sus amigos, y entonces, la expresión sana y alegre del joven oriental, trasluce una meditación que comienza a explicar con serenidad, con entusiasmo, con algún dejo de dolor y de esperanza, con un sentimiento profundo, porque tocan las cosas que interesan el bien de la colectividad venezolana. Es entonces, cuando el hombre festivo y dicharachero que en todas las ocasiones es Luis Alfaro Salazar, deja colar en su conversación una especie de manía por los intereses colectivos.

Se siente adolorido, porque el mundo se llena de injusticias que nada las explica ante la conciencia universal del hombre. Parece que se sume en claras meditaciones sobre el significado de la herencia que nos lega Prometeo, como enamorado vehemente que fue de la justicia. Siente que el niño no cobre todavía la significación que le asignó José Martí, cuando señalaba que era la esperanza del mundo. O se hunde pensando en aquel verso que dice: “mientras los niños mueran, yo no logro entender la misión de la muerte”. Medita sobre el erróneo concepto de la juventud, al no querer atenerse a la lección del pasado, para vivir en función del presente con proyección hacia el porvenir. Piensa en el desmero de la juventud, que no asume las responsabilidades que le indican su tiempo y su época, ya que, según Paúl Claudel, “juventud no es goce, sino heroísmo”.

Porque piensa que para hacer nuestra la consigna de González Prada, cuando señalaba destinos en el Perú y asigna funciones en la irónica frase de “los viejos a la tumba y los jóvenes a la lucha”, cuyo logro reclama en cualquier parte la constancia, juicioso análisis, capacidad de trabajo, espíritu de sacrificio, presencia en la lucha y actitud combativa; sólo así esa juventud puede cumplir la función que le corresponde en el desenvolvimiento de las naciones. Largas horas de vigilia ha dedicado a pensar sobre las dificultades que su país presenta para entregar al niño “el libro del cuento mágico, del verso de la luz, de la pintura maravillosa, de la

delectable música; el libro, en suma, sin otra utilidad que la belleza”, como en el solicitado anhelo de Juan Ramón Jiménez.

Preocupación que lo ha llevado a renovar la presencia de los personajes de nuestra literatura infantil, donde se encuentran enseñanzas sobre la constancia, la fidelidad, el valor, la imaginación, el esfuerzo y el sacrificio que dan presencia en relación con la vida y el hombre venezolanos. Mantiene vigorosa la idea acerca de los cambios que la vida moderna ha ido introduciendo en nuestra realidad, con lo cual los venezolanos pierden la visión o imagen de muchas cosas que exigen permanencia en el espíritu público para dar paso hacia el mejoramiento general, sin perder los contactos con la nacencia y la tradición, que deben ser inmanentes en el espíritu nacional y en la vida de los venezolanos.

Revisión de aspectos tan valiosos para el país y para sus habitantes, se propuso hacer Luis Alfaro Salazar al pergañar en un libro de corta extensión, pero largo y amplio en el contenido, estos tópicos de genuino valor e interés patrio. Aparecen en el libro los temas como integrantes de capítulos diferentes, pero en el fondo guardan absoluta unidad temática, porque su fin es coadyuvar en la defensa de los intereses venezolanos, desde cualquier punto de vista y lugar. En este libro hay un mensaje de matices cristalinos, que, como en los versos de Carl Sandburg, dicen mucho al hombre en función de pueblo. O como leemos en “las uvas del tiempo”, “nos dicen cosas de honda fortaleza”.

Pues en su propósito, noble y generoso, va el objetivo de “hacer que los hombres sean nobles, las mujeres limpias y para que los niños tengan pan”, para decirlo con palabras de Alberto Ravell. O porque está cumpliendo a cabalidad aquella recomendación sentida del ilustre maestro, de que “tanto más se pertenece uno a sí mismo, cuanto más tenga su pensamiento, y su voluntad, su vida toda, puesta al servicio de un ideal colectivo”. Esta es, precisamente, la idea profunda, firme y ardorosa que acompaña en sus

propósitos a Luis Alfaro Salazar, y que hemos conceptualizado su gran pasión venezolana.

Este libro “Vivencia y Unidad” contiene en sus páginas un pensamiento ardiente de amor por las cosas de Venezuela. Escrito está en lenguaje sencillo, pero vigoroso y ameno, ajeno a pretensiones de toda índole. Es un libro que persigue y expone una definida pasión nacionalista, lo cual logra cabalmente, porque el maestro y excelente hombre que transita en Luis Alfaro Salazar se identifican en conceptos, propósitos, anhelos, esperanzas, angustias y optimismos, porque como en la frase de Anatol France, “los que cantan, encantan su desesperación”. Pues su mensaje limpio sale en busca de la presencia siempre limpia del pueblo y del hombre.

De quien sepa meditar en la ancha comprensión ante su alertante concepto que compromete al ciudadano sin ninguna clase de distinguos, ya que “a cambio de dolorosos sacrificios, al fin logramos edificar una nueva realidad social donde fue norma y condición el cultivo vivo a los símbolos más legítimos de nuestras horas más difíciles. Una realidad social que tuvo el dulce sabor de nuestras cosas venezolanas y la altivez del sacrificio humano; mantener la vigencia de la heroica voluntad que los hizo victoriosos es obligado magisterio de nuestras actuales generaciones”.

José Clemente Ocanto

La Mejor Cosecha

De nuestra abuela indígena hasta nuestros jóvenes admiradores de la rumba; del guayuco al corte anatómico, han existido en el territorio venezolano disímiles generaciones. Cada una de ellas ha tenido medios diferentes para encarar sus necesidades de subsistencia. Cada una ha cumplido sus obligaciones a su manera y dentro de sus posibilidades. Y cada una con mayor o menor conciencia ha tenido un deber y un compromiso. Cumpliendo con esas obligaciones y resolviendo los problemas que cada momento histórico plantea, es como hemos llegado a ser esta Venezuela de hoy. Nuestros errores y nuestras virtudes pertenecen por igual a todos. Y si bien es verdad que hoy los problemas son más complejos y variados; si hoy tenemos urgencias de escuelas, hospitales, carreteras, también es cierto que los medios para resolverlos son mayores. Contamos con el avión, el tractor, la penicilina.

Nuestros primitivos habitantes tuvieron sus necesidades y sus problemas. Necesidades y problemas que plantearon situaciones a resolver y que hicieron urgente la creación de ciertos medios indispensables sin los cuales hubiesen perecido. Nació la caza y la pesca, pero igualmente nació la macana, el arco y la flecha. Estudiar y analizar cómo cada generación resolvió sus problemas históricos, es hacer la historia de nuestros pueblos y de nuestros hombres.

Venezuela ha tenido horas difíciles y terribles en su devenir histórico. Su hora más difícil la tuvo en el momento de aspirar a su independencia política. En esa ocasión salimos victoriosos. Pero esa victoria fue posible, no sólo porque las condiciones sociales estaban maduras para cumplir ese proceso, sino igualmente porque la generación del 19 de abril actuó con criterio realista; porque la juventud sin soñar e idealizar, dirigió sus esfuerzos partiendo de una realidad histórica concreta, porque adoptó una

política acertada. Y esa política triunfó no sólo sobre la política española, sino, además, sobre la política legalista y utópica de la Primera República. Y fue nuestra la victoria porque a la política de Espejo o de Padrón se impuso la visión realista de Bolívar; porque la táctica académica y europeizante de Miranda fue desplazada por la astucia primitiva de Páez.

La guerra de independencia costó al pueblo de Venezuela y a su economía, mayores sacrificios que a ningún otro pueblo hispanoamericano. Diez años de lucha incesante, de guerra a muerte. Diez años manteniendo humana y económicamente al ejército realista y al ejército patriota. Cuando los realistas vencían a los patriotas, era a costa de la sangre nuestra; cuando los patriotas vencían a los realistas, era sangre nuestra la vencida. Éramos defensores y defendidos; derrotados y victoriosos; exaltados y oprimidos en un mismo momento y por un mismo hecho. Y todo ese contingente humano, encendido de calor belicista, hacía sus provisiones de la misma vaca. Como dijera Juan Germán Roscio: "...España nos ha hecho la guerra con hombres criollos, con dinero criollo, con provisiones criollas, con frailes y clérigos criollos, con caballos criollos y con casi todo lo criollo."

A cambio de tanto sacrificio y tanto desespero, obtuvimos nuestro derecho a la libertad y a la independencia. Ellas son el fruto gigantesco y heroico de toda la comunidad nacional en el instante más terriblemente decisivo. Y no sólo fue la hora realizadora de la más fundamental de nuestras condiciones, la de ser libres e independientes, sino que con los escasos recursos que habían quedado de aquella lucha cruenta y devoradora, tuvimos que reorganizar nuestro mundo destruido. Nuestras ciudades como "aquella Caracas que tuvo en su seno una de las sociedades más brillantes de Hispano-América; aquel grupo de caballeros distinguidos y de mujeres encantadoras que tanto subyugaron al Conde de Segur; aquellas mansiones que parecían el asilo de la felicidad, todo había sido arrasado, todo había sido destruido... (1).

(1) L. Vallenilla Lanz. Cesarismo Democrático.

La guerra no sólo devoró nuestra mejor cosecha; así mismo devoró mucha inteligencia pródiga y mucho corazón fértil, aptos para la docencia cultural y política. No obstante, en esa hora, la hora de reconstruir la casa acogedora del héroe reciente, nos supimos sobreponer a las dificultades con igual constancia venezolana. A cambio de dolorosos sacrificios, al fin logramos edificar una nueva realidad social donde fue norma y condición el culto vivo a los símbolos más legítimos de nuestras horas más difíciles. Una realidad social que tuvo el dulce sabor de nuestras cosas venezolanas y la altivez del sacrificio humano. Defender ese mundo; mantener la vigencia de la heroica voluntad que lo hizo victorioso es obligado magisterio de nuestras actuales generaciones.

Y si ayer supimos con intensa devoción humana, con orgulloso corazón patrio, mantener vigente y altiva nuestra intrínseca condición de pueblos. Si ayer, asimismo, con los elementos menos adiestrados, con los escasos despojos del obligado derroche belicista, construimos y mantuvimos firme el orgullo histórico de un pueblo generoso; hoy, que poseemos manos poderosas y abundante arcilla, podemos más fácilmente hacer el mundo que deseamos. La obligación de hoy es apremiante, pero más realizable que la de otros tiempos.

Tambor y Guarura

Fue quizá una mañana blanca, luminosa y festiva cuando las carabelas de Cristóbal Colón tocaron el horizonte agreste de nuestro mundo inicial. Fue el primer día, el primer contacto de dos formas de vida, radicalmente diferentes, y que una vez en tierra defenderían fieramente su propia subsistencia. Españoles e indios inician un proceso de violentos contactos, de lucha a muerte, donde van a perecer voluntades hermosas. Al final, la mayor capacidad técnica española se impuso sobre la ingenua y primitiva fuerza indígena. El mosquete a caballo conquistó y venció al arco a pie.

En otros pueblos, a pesar de la victoria de España sobre el indio, no pudo acabar con la esencia vital de su hacer histórico. En México y Perú, donde la fortaleza de la organización humana, donde la vida indígena tenía la robustez y el hondo contenido de su largo transitar en el tiempo, continuó vivo y edificante lo más precioso de sus síntesis. La piedra erguida, el monumento audaz, mantuvo firme las convicciones más puras del primitivo esfuerzo. El bahareque, la palma y la voz al viento, dentro de nosotros, no fueron capaces de conservar el latir devoto de nuestros primeros habitantes.

Ejemplo vivo del poder victorioso de lo humano es lo negro viviente de la historia. Porque si violento fue el trato a nuestro indio naciente, feroz y violento fue también el trato al negro importado. Ellos vinieron, como hoy sucede, a socorrer a nuestros hombres en la diaria labor agotadora. Vinieron como alicientes al trabajo cotidiano, como sedante y luz al triste y penumbroso existir. Pero al rescoldo del trabajo obligado, vivió igualmente su tambor sonoro. No maldijo ni pisoteó sus hábitos y vivencias. Se aferró a ellos en un desesperado intento por permanecer, en un fiero deseo de conservación. Así pudo sobrevivir su insistencia humana. Hazaña igual no pudo lograr el indio escarnecido. Fue muy débil el carrizo y la guarura para

mantener vivo su propia voz sedienta. Así las “Guaruras y carrizos del aborígen vencido se alejaron, gimientes, hacia las internas selvas profundas” (1). En cambio, el tambor permaneció erguido y jactancioso. Y en medio de la noche colonial, por la dulce caricia de la mano tosca, el TAM!... TAM! del tambor africano amparó toda la fuerza humana de un mundo desterrado. La contorsión frenética, el febril palpitar de la danza querida, hablaban con insistencia del hogar lejano, de los símbolos perdidos. Y si el español dio todo lo que pudo, avasallando, el negro también lo dio todo en su triste amargura del oprobio. Ambos fueron penitentes de una hora violenta e inconsciente.

El negro fue tenaz y obstinado y dio a su mundo la fuerza milenaria del ídolo caído: “Tambor de San Juan, tambor de San Pedro, tambor de la Virgen de la Coromoto... Allá se quedaron las divinidades bárbaras, pero el alma pagana aquí también celebra con danzas sensuales las vísperas santificadas. Y es un grito del África enigmática el que estremece las noches de América:

—¡Airó! ¡Airó! (2).

Y el tambor fue fuego intenso en la noche anónima, calor desesperante en la lucha centenaria venezolana que recogió el ruego entrañable de la abuela negra:

—¡Dale duro! ¡Vuélvemele a da!

—Dale! Dale! Dale!

—Dale! Dale! Más...!

—Airó oh! Airó oh! Airó! Airó! Airó!

(1) Pobre Negro. Don Rómulo Gallegos.

(2) Obra citada.

Así se alzó crispada y doliente, reivindicativa, la voz antigua del negro compañero. Compañero de la primera angustia, del primer grito americano. Es esta la razón quizá por la cual en nuestra hechura humana haya más de deseo reivindicativo y libertario que de dolor y llanto compasivo.

La conquista fue un proceso necesario, fue un doloroso preámbulo a la posterior hazaña. En ese proceso, quizá lo menos productivo fue la violenta conducta del español. No obstante, estamos ante un hecho cumplido que más que condenarlo, sería nuestra función la de estimar su experiencia en lo mucho que tiene de instructivo. No creo que para ello sería fundamental pensar en cuál de los dos mundos sería más acogedor: el construido sobre la violencia de Pizarro o el construido sobre la violencia del Inca. Ambos eran incapaces de integrarse pacíficamente. Dolorosamente, la angustia del vejado y la altivez austera del conquistador fueron la cimiente de nuestra casa actual. Si en el momento de la liberación hermosa fue necesario escarnecer y reclamar el vejamen cometido, es oportuna la hora de perdonar sus desafueros. El pueblo español ya ha pagado más caro de lo presumible su conducta esclavista y soberbia; en tal sentido la historia fue severa y justa.

Por falta de consistencia humana el mundo indígena fue destruido y desterrado. Fue tarea cercana la de revivir el contenido ideal de sus gestos históricos. La leyenda indígena, con toda su vegetal expresión, con toda su arisca ruta selvática, llega hasta nosotros gracias a la búsqueda reciente. Debido a la insistencia con que grandes espíritus, que aún persisten, rescataron el tropical mensaje destruido, es como hemos conocido la delgada canción de la guarura. Sin embargo, si no queremos perder el caluroso contacto con la primera mañana venezolana, con la semilla inicial de nuestra actual presencia, debemos reivindicar sus mejores cosas. Permitamos que nuestros niños, en sus ratos más festivos, recuerden la canción olvidada, al compás quejumbroso del carrizo y la guarura.

Joropo y Unidad

Las ciudades venezolanas, bajo el dominio español, no fueron más que comunidades insípidas, atadas al rosario y a los muertos. Las autoridades eclesiásticas tanto temieron a la penetración de costumbres “mundanas” que hasta quisieron “acabar con el juego de carnaval, y lo sustituyó con el rezo del rosario, en procesiones vespertinas, durante los tres días de la fiesta carnavalesca” (1). La vida venezolana fue un triángulo piadoso en su histórico discurrir: la casa, la iglesia y el cementerio” ...la sociedad caraqueña en su totalidad, no tenía en mente otra materia, como elemento de vida, que las fiestas en los templos y las procesiones en las calles...” (2) Fueron tres centurias de vida triste y callada, pero que domestican y hacen sedentaria a nuestra voluntad humana. Tres centurias que hicieron posible la integración del hombre con su medio y con sus semejantes. Fue un período histórico de aprendizaje venezolano; de construcción íntima.

Va a ser la urgente obligación de resolver graves problemas, la razón por la cual nuestras rígidas comunidades adquieren un nuevo contenido y emprenden una nueva función: la de integrar más activamente los elementos de nuestra realidad geográfica y cultural. Del disfrute holgazán del producto del peón, se emprende la tarea de organizar una sociedad que activara más adecuadamente la producción de nuestra economía, liberándola de la intervención española. Para Venezuela esa transformación fue ardua y penosa, pero afortunada y victoriosa.

A principio de marzo de 1811, Caracas, la pequeña Caracas de entonces, es sorprendida por la visita de extraños personajes. Desde las más apartadas comarcas llegaban para celebrar el Primer Congreso de Venezuela. La plaza mayor, las angostas calles eran un hervidero de voces; un dialogar permanente y efusivo. Los jóvenes marchaban de un lugar a

(1) Crónica Caraqueña. Arístides Rojas.

(2) Obra citada.

otro de la pequeña ciudad enarbolando los más radicales principios. Venezuela iniciaba su primer diálogo nacional; estrenaba su primer canto de lucha libertaria, su primer principio unitario.

Voces nuevas caminaban febriles por los amplios corredores coloniales. Se esperaba con angustia la reunión del congreso que debía discutir el destino político de la Capitanía General de Venezuela.

Hasta ahora, la Capitanía General de Venezuela estaba integrada por aisladas comarcas, por pueblos sin comunicación interna que vivían encerrados en su propia soledad provinciana. Pueblos que apenas presentían el impulso y el latido de su misma existencia.

El 2 de marzo de 1811 se inicia la primera sesión del Congreso Constituyente. Hombres venidos de las más apartadas aldeas, con escasas lecturas clandestinas, dan comienzo al debate más hermoso de nuestra existencia histórica. Con la timidez de los hombres de campo, sin la total conciencia de su propia grandeza, este primer congreso empieza a discutir nuestra independencia. Muy poco de común tenían aquellos hombres entre sí; apenas si una que otra cara les era conocida. No obstante, estaban allí frente a una misma empresa; querían resolver una misma situación.

Y a medida que el Congreso avanza en sus discusiones y que el debate va adquiriendo el hondo contenido de su empresa, sus miembros se sienten como atados por una misma fuerza. Dentro y fuera de la asamblea una misma convicción los une. El que vino a representar la causa de su apartada villa, ve su causa unida a la de todos. Comprende que sólo con la lucha unitaria de todos se podrá lograr la felicidad de cada uno. Ya no se piensa en una sola aldea, sino en la síntesis de todas: Venezuela.

Venezuela fue así, la síntesis de un proceso histórico cívicamente hermoso, que la lucha libertaria concreta y realiza. Pocas nacionalidades

han nacido con el ímpetu fervoroso, con la devoción libertaria que la nuestra. Sus símbolos unitarios son la expresión necesaria de su dolorosa devoción independentista.

De este mismo Congreso, integrado por hombres provincianos, cuya fuerza moral sólo abarcaba al pequeño fundo de su pueblo, van a surgir los primeros nacionales. Los primeros hombres cuya estatura moral y política es expresión concreta de toda la nación. Y es que de regreso a sus pequeños pueblos ya no se habla de Valencia ni de Barcelona; ni de Caracas ni de La Asunción, es Venezuela la que está crispada ante la espada desnuda del conquistador. Los símbolos de aldea, las pequeñas vivencias de los pueblos se congregan en una sola voz liberadora.

Venezuela es llamada a asistir al más grave de sus momentos, al hermoso momento de su nacencia. Porque si realmente es del Congreso de 1811 de donde nace el principio unitario de nuestra nacionalidad, es en la lucha por la realización de ese mismo principio donde se plasma nuestra unidad histórica. Porque es evidente que ha no ser por el choque violento de nuestras clases y por la radical movilización de todo el cuerpo social de Venezuela, la unidad nacional no hubiese traspasado el umbral de la constitución de la Primera República.

La Venezuela soñada por los criollos no podía tener semejanza con la Venezuela soñada por las clases populares. Ambas eran antagónicas. “Con frecuencia se ven hombres que con la boca llena de hermosas máximas filosóficas desmienten los primeros principios de su filosofía con su conducta; maltratando a sus esclavos con el Reynal en la mano y hablando con entusiasmo de la causa de la libertad venden a los hijos de sus negros unos meses después de nacer” (3). La patria del criollo necesitaba evidentemente de la esclavitud y sojuzgamiento del negro, el indio y el pardo. Pero si para los criollos era urgente la independencia política del país, la total posesión de nuestros recursos, los otros necesitaban la

(3) L. Vallenilla Lanz. Cesarismo Democrático.

independencia de las formas de producción. Así, en medio de la bandera realista y la bandera del criollo, se alzaba, igualmente ansiosa, la bandera del peón. No es acusable que algunas veces hiciera compañía a la bandera realista y otras veces a la bandera patriota. Va a ser precisamente, del empeño y la necesidad que realistas y patriotas ponen en ganarse el concurso de la bandera del peón, donde reside la semilla inicial de nuestras mayores conquistas sociales.

Fue un hombre sin ningún compromiso con ese mundo petulante del mantuano, ni con la arrogancia medieval del conquistador, quien va a dar a las clases populares la oportunidad de izar su bandera. Ese hombre fue José Tomás Boves. Con Boves primero, y con Páez después, el pueblo venezolano va a intervenir en la lucha independista con toda su fuerza constructiva. La independencia no fue solamente una guerra incesante, sino fundamentalmente una incesante manera de vivir. En ese vivir violento y mientras el criollo dirigía, el pueblo construía; construía el aire, la condición, el estilo de este mundo que hoy defendemos.

Aquella existencia insípida de las ciudades coloniales; entregadas por entero al culto religioso, va a ser vitalizada por la presencia de costumbres más humanas y más aptas para la convivencia venezolana. El zambito, la zapa, la murranga, el dengue, son sustituidos por el joropo, el corrido, la maraca y el cuatro. En aquellos largos años, el pueblo no dejó de vivir. Vivió, y más intensamente. Todo ese tiempo lo aprovechó para imponer su música, sus hábitos y para ahondar más en la Venezuela naciente. Por eso, cuando surgimos a la vida como pueblos libres, ya habíamos logrado nuestra íntima unidad interior. Cantábamos a una sola voz; en la voz armoniosa del joropo.

No es un milagro que el joropo sea entonces la trabazón psicológica, emocional de nuestra nacionalidad. Él es la síntesis del momento más hermoso de nuestra venezonalidad: el de la lucha por nuestra

independencia. Integrarlo como relación unificante de nuestros principios educativos es lo históricamente aconsejable.

Y así fue cómo el pueblo de Venezuela, después del doloroso momento de la guerra magna, tuvo que regresar al rancho abandonada, rehacer de nuevo el fogón inhabitado, fue el joropo su mejor candil. Después de tanta oportunidad sublime, era difícil permanecer tranquilo ante el arado anónimo. Venía de la mejor proeza, de la mejor hazaña. Fue casi imposible aferrarlo al surco. Carabobo, Boyacá y Junín vibraban legendarios en la febril conciencia del peón olvidado. Y si algo lo hizo sedentario, fue la dispersa canción de la maraca y el rastrillado son del cuatro bullicioso. Copla y joropo crispados en la casa detuvieron a mucho corazón arisco. Él fue el surco propicio, la abonada tierra, que recogió la experiencia vital de un pueblo **“en actitud de entrega”**; de un pueblo hermosamente florido, internamente gozoso: Con el goce interior del épico destello; donde el clarín silbaba aún la cercana canción del puño levantado. Así, el joropo, fue clarín y lanza para el inquieto impulso desbordante. A él fue a vivir la dulce angustia del terrible instante; el intenso vigor y el coraje heroico de un mundo jactancioso:

**Yo soy aquel invencible
hijo de aquel vencedor
que murió siempre venciendo
en las lides del amor.
Yo no le temo a las balas,
ni a cuchillos, ni puñales,
ni a un hombre de vara y media
ni de dos varas cabales.**

Parece ser esta la razón por la cual las mentes más sensibles defienden la función unitaria del joropo. Y es que la permanencia del hacer humano depende más de su función estética que de su misma utilidad práctica; por la misma razón que la lealtad de la mujer depende tanto como del sacrificio diario del hombre por su mantenimiento, que de la hermosa caricia oportuna. Y si actualmente construimos un mundo útil, hagámoslo igualmente hermoso, con la inmensa hermosura de nuestras propias vivencias.

Tío Conejo el anti-Realista

Parece ser que el llanero, por su gran contribución a la causa de la independencia, se ganó el afecto del pueblo venezolano, en forma no igualada por ningún otro grupo social. Es preciso decir, que ya para el año de 1816, el grueso de la población venezolana era anti-realista. Así, los triunfos de los llaneros eran recibidos con alborozo por la mayoría de nuestros pobladores. A este sentimiento de afecto hay que agregar, que **tanto con Boves como con Páez, los llaneros fueron invencibles.** Su prestigio fue casi mitológico; y es de suponer un momento en el cual, su estatura moral fuese casi legendaria. De allí que el elemento vivo del escudo, fuese el caballo llanero, y que igualmente, el joropo penetrara a todas las comarcas, hasta convertirse en el factor unificante más eficiente de la nacionalidad venezolana. La vida del llanero, con sus malicies, sus desenfrenos, sus picardías y sus creencias liberales, surgen como la síntesis más cercana de nuestro tipo nacional. Es decir, que el venezolano tuvo imagen y corazón llaneros. Imagen y corazón contruidos con la dulce docencia de la picara copla:

**“Al son de mi guitarrita
voy a sacar unos versos,
para que sepan las niñas
cómo cantan los llaneros.**

**Para que sepan las niñas
cómo cantan los llaneros,
que por doquiera que pasan
dejan los buenos recuerdos.**

Pero la influencia del llanero no sólo penetra y determina al venezolano en sí, sino que, además, condiciona y da plasticidad a lo que

podríamos llamar “el duende” de su personalidad. Y es que su illogicismo, su magia y su juego tienen la vitalidad de ese mundo abierto y cabalgante.

Recordemos a nuestro líder espiritual: El Tío Conejo. Él es carne y hueso de ese mundo. Imaginémoslo en toda su proximidad. No es un llanero imposible de vencer. ¿No les sugiere al ejército patriota en medio de la llanura, inventando trucos inteligentes para vencer al ejército realista? Pues bien, los personajes populares no nacen de la nada, aun en las esferas infantiles. Valga decir que nuestro Tío Conejo no es un personaje exclusivamente infantil. También los abuelos lo hacían presente en la casa y en los velorios, con una fuerza en el relato que parecía expresión de una experiencia propia. Nosotros llegamos a creer que así lo fue.

Cuando ya la contienda por la independencia nacional había concluido, las masas tuvieron que retornar a sus hogares a enfrentarse de nuevo al fogón vacío. Los pocos que no volvieron por las armas, detrás de cualquier grito de caudillo, quedaron en las casas rumiando su derrota individual. Al despertar en la mañana, encima del mismo chinchorro, para ir al trabajo en la misma hacienda, no podían más que añorar su caballo y su fusil. El caballo de la gran proeza y que aún perdura en el lamento:

**“Mi caballo y mi mujer
se me murieron a un tiempo;
mi mujer... Dios la perdone;
mi caballo es lo que siento.**

**Cuando murió mi mujer
no fue grande mi disgusto;
cuando murió mi caballo
estuve un año de luto.”**

Y cuando la peonada se sentaba a descansar de la faena del día, comenzaba el relato de la hazaña gloriosa. Ante la febril imaginación del peón, caía el relato de las grandes batallas y de los hechos heroicos. De

regreso a la casa llevaba el fruto de su atención como regalo al coloquio familiar.

La historia, así transmitida, así vivida, fue despojada de toda fealdad, de todo hecho torvo. La historia se hizo leyenda. Hijos de esa transformación fueron Tío Tigre y Tío Conejo. Tío Conejo no es otro que el joven ejército nacional, que aunque inferior en número y recursos, vence al ejército realista, impotente y desorientado ante la combatividad patriótica.

Tío Tigre y Tío Conejo van a convertirse en el mejor medio pedagógico para llevar hasta las mentes más desprevenidas las hazañas y el esfuerzo valeroso del pueblo por realizar nuestra independencia. Surgen de la invención popular en su necesidad de conservar el recuerdo de su gran sacrificio. Ellos viven en razón de la fuerza histórica de la heroicidad pequeña, de la hazaña anónima. Ellos vienen a ser la vivencia popular, la historia menuda de la epopeya nacional. En Tío Tigre y en Tío Conejo está el llano presente con toda su plasticidad hermosa.

El joropo continúa siendo el mejor vínculo emocional de los venezolanos. No sucede así con nuestro Tío Tigre y Tío Conejo. Dolorosamente han ido cediendo espacio a muchos idolillos importados y poco es lo que hacemos en contra de su destierro. No dudamos que la nacionalidad es una realidad histórica dinámica. Que evoluciona paralela a la evolución social; que igualmente las grandes ciudades son un factor nuevo dentro de la convivencia nacional; que Tío Conejo es más rural que urbano. Pero si el Tío Donald puede vivir en Hollywood, nuestro Tío Conejo muy bien podría hacerlo en Caracas, Maracaibo o Valencia. No dejemos que nuestro devenir se suceda ciegamente. Si Tío Conejo surgió de una necesidad histórica, voluntariamente, por una hermosa voluntad popular, es deber nuestro revivir sus valores. Podemos muy bien, a través de los institutos de cultura, reivindicarlo ante el nuevo ciudadano: el de los apartamentos y las amplias avenidas. Hagamos porque él y Tío Donald jueguen alegre y felizmente en los parques de nuestras capitales.

Tío Conejo y el Pato Donald

Es persistente y tenaz la campaña que activan los maestros venezolanos en contra de las historietas de dibujos animados. Pero es innegable que día a día la penetración clandestina de esas historietas es aún mayor. Es una guerra sorda y consecuyente, donde el alumno ha tomado las mejores posiciones y cuenta con mayores recursos, por lo que la victoria final será suya.

Es muy nacional y muy de maestros el que se cuide a nuestros institutos de la acción nociva de cierta literatura infantil; que se vigile el material de lectura de los niños, pero antes es indispensable analizar lo que prohibiremos luego. Y, sobre todo, es necesario saber prohibirlo.

Nosotros, por ejemplo, creemos exagerado la acción inquisitoria que mantenemos en contra del Pato Donald, del Ratón Mikey o del Perro Pluto. En primer lugar, por cuanto ellos poseen tan numerosos aspectos positivos que podemos aprovechar en nuestro beneficio. En segunda instancia, porque carecemos de los medios adecuados para que esa prohibición se cumpla. Además, sería declararnos en guerra abierta contra un mundo hermosamente humano, cálidamente infantil que ha venido a llenar el más terrible de los vacíos venezolanos: el de la mente de nuestros niños.

El Pato Donald, el Perro Pluto, el Ratón Mikey constituyen una fuerza activa y laborante en la inquieta imaginación del niño venezolano. Son los mensajeros de un mundo desconocido y fantástico. Son los portavoces de esa vida simple psicológicamente, pero compleja, mecánicamente, del pueblo norteamericano. Es injusto que le neguemos a nuestra infancia acercarse a un mundo que no podrán ignorar jamás.

Pero es que sucede con suma frecuencia, que los que prohibimos esas historietas somos los primeros en devorarlas en nuestros ratos de ocio. Y ¿Quién podría ser tan inmune para negarse a recorrer con Pomponio o Lorenzo, la vida sencillamente simple del hombre medio norteamericano? Posiblemente, si pudiéramos ver en ellos el verdadero mensaje que transmiten, nos fuera más fácil entender y valorar la vida misma que los produce y podríamos más cómodamente ubicarlos dentro del contenido de nuestras prácticas diarias. Lamentemos que así como de los E.E. U.U. viene abundante literatura dibujada, de otros países donde la vida fluye y permanece erguida, no podamos con la misma accesibilidad obtener tanpreciado material.

Indudablemente, se cree necesario legalizar la entrada del Pato Donald, del Perro Pluto, del Ratón Mikey a la escuela venezolana. Pero, asimismo, es inaplazable fortalecer y vitalizar la historia del pequeño mundo infantil; la historia de Tío Conejo, de Tío Tigre, de Ratón Pérez y de la Cucarachita Martínez.

Establezcamos entre ellos el diálogo de dos razones ansiosas de subsistir hermosamente. Y es que si el niño lleva de contrabando a Walt Disney a la escuela, es por la urgencia orgánica de construir un mundo con toda la belleza de su absurda vitalidad. Porque vivir, sobre todo a la manera infantil, no es finalidad lógica, compromiso moral u obediencia ante la legalidad de vivir. Vivir es sentir nuestra propia vitalidad construyendo, creando; vivir es muchas veces negar la propia condición social o defender la más irreverente de las razones.

Los personajes infantiles y especialmente Tío Conejo es en la actualidad un héroe desechado. Ha sido poco lo que hemos meditado sobre su propia vida picaresca. Fue abandonado a la deriva. Quizá confiamos demasiado en su agreste vitalidad psicológica. Lo encomendamos a la sola vigilancia del abuelo cariñoso, del hogar comprensivo. Muy poco

sospechamos que demasiado pronto el hogar venezolano iba a ser incapaz de mantener la vigencia de ese coloquio espiritual, que fue cuna tutelar de nuestra “vividura” venezolana. Pues fue en la casa, en los ratos afortunados de nuestros mayores, cuando Tío Conejo y Tío Tigre vivieron la mejor de sus aventuras. ¿Cuánto ruego y cuánta adulancia no fueron necesarias para poder asistir a los más inteligentes combates del más vivaz de los venezolanos?

Su decadencia es a consecuencia, precisamente, a que Tío Conejo no fue inscrito legalmente en la escuela. Si fue a ella lo hizo clandestinamente, a escondidas de la impenetrable austeridad de los maestros. Sus mejores momentos, sus mejores aventuras las vivió al rescoldo de la tertulia febril de los velorios de muertos. Para nuestra suerte, las más adustas personalidades también se solazaban con la compañía de la inquieta criatura, por lo que, junto a la experta lectora del rosario, era invitado, con igual rigor, el narrador más versado. Así pudo, casi milagrosamente, conservar su frescura el querido dirigente espiritual.

Es lamentable que aún hoy en día, Tío Conejo permanezca sin ser inscrito o sin asistir regularmente a nuestros planteles. Y es más lamentable aún, porque ahora no va a ella, clandestinamente, con el mismo ardor con que lo hacía anteriormente. El hogar venezolano no está en capacidad de mantener vigente su hermosa vitalidad. La urgencia de subsistir en una realidad más compleja y diversificada, no permite el lujo de conservar tan dulce criatura.

Pero a un niño no se le puede negar el derecho o mejor, la inaplazable necesidad de construir un mundo donde pueda apetecer, maldecir o construir. Para ello ocurre a la historieta más cercana. Entonces, ¡gracias a las historietas! Pues ¿Cuánto mundo ignorado, cuánta imaginación desechada no ha moderado su impulso, no ha construido su curso ante la presencia de Ratón Mikey o de Tribilín? Mal podremos esperar que busquen

o amen a quien no conocen. Y es que Tío Conejo, uno de los valores más efectivos de nuestra unidad nacional, ha zozobrado.

Muy a menudo hablamos de la personalidad infantil, de su dinamismo e intención creadora, pero al planificar olvidamos lo más hermoso de esa verdad. Nuestras unidades de trabajo parecen olvidar la más importante de las funciones de nuestra escuela primaria: la de unificar la voluntad nacional.

Nuestras escuelas no pueden ser solamente un centro de entrenamiento; un escalón en la lucha individual por adquirir un mejor medio de vida. Nuestra primaria es el sitio apropiado para que el niño venezolano viva y conozca el esfuerzo victorioso de nuestro pueblo en la lucha por su propia unidad y subsistencia.

Indudablemente, que la Historia Patria contribuye en mucho a mantener viva la conciencia de ese esfuerzo nacional. Pero ella no es más que el modelo de la vida pública, de los actos valerosos y perdonables. Y qué decir de ese mundo íntimo: el que ama y veja? Qué de la existencia cotidiana? Es ese mundo, construido con pequeñas cosas, de íntimas verdades, el de la copla y la maraca, el de la picardía y la inocencia, el que también deben conocer y vivir los niños. Su función sería no sólo la de valorar la propia existencia, sino la de gustar nuestro propio vivir.

La síntesis de esas realidades fue y debe seguirlo siendo el pícaro de Tío Conejo. Llevarlo de inmediato a la escuela venezolana es tarea urgente e inaplazable. Pero llevarlo con toda su vitalidad venezolanísima. Seguros estamos que su gran fuerza psicológica y su innegable capacidad de vivir, pronto lo harían líder espiritual de un mundo que ídolos extraños nos disputan. Indudablemente, que así como pudo vencer a Tío Tigre, así también podrá domesticar y venezolanizar al propio Super-Man.

Pensamos que sería inmensamente útil a nuestra condición de pueblo si al lado de Tío Tigre, de Tío Conejo o de la Cucarachita Martínez, damos cabida al mundo waldisniano. Creo que en la diaria lucha por subsistir venezolanamente, esa convivencia sería la fuente de una vida más hermosa y más fértil. Legalicemos la vida de tanta criatura noble; tengamos fe en la astucia y capacidad de Tío Conejo para vencer e imponerse a cualquier contingencia; para defender su propio mundo de cualquier conquistador extraño.

La Gallinita Rabona

El 12 de diciembre de 1956 se dirigen al Ministerio de Educación los señores Santiago Key Ayala, Pedro Manuel Ruiz y Julio Planchart, para manifestarle su acuerdo sobre el “Novísimo Libro Primario de Lectura y Escritura Simultáneas” y recomendándolo como texto oficial para la escuela primaria. Reconocían, asimismo, que se basaba “en el método fonético-analítico-sintético para la enseñanza de la lectura y la escritura adoptado en nuestras escuelas” y que posiblemente desplazaría al “conocido de Matte”.

Fue esta obra un cristalizado esfuerzo de Alejandro Fuenmayor por mejorar y facilitar la labor del maestro de entonces. Indudablemente, que hoy en día ese texto ha sido superado. La mecánica que lo fundamenta, aunque de una lógica consecuente, esa misma consecuencia no se sigue psicológicamente y que no deja de ser el efecto del concepto mismo que privó en su elaboración. Nos es posible recordar aún el esfuerzo inmenso que tuvimos que realizar para poder vencer las dificultades de cada una de las “Lecciones” del mencionado libro y hacernos merecedor a entrar a repetir y memorizar la fría y torturadora “Lección” próxima. Cada palabra, cada sílaba, cada letra, fueron un escollo inimaginable; tanto así, que fue de celebrar por nuestros mayores, cuando de regreso de la escuela le llevamos la grata nueva de haber vencido los obstáculos de la “Lección N° 15” o de la “Lección N° 29”. De “raya” a “zorro” hubo treguas e impedimentos considerables que aún perduran con gran nitidez en las imágenes de nuestras vivencias de ayer.

Pero si el PRIMARIO de Fuenmayor no es hoy en día el libro adecuado para la enseñanza de la lectura y la escritura, por cuanto poseemos más y mayores recursos que pueden hacer ese proceso más grato, en él hay un gran material aprovechable. Nos referimos a Torito Negro y a Torito Colorado, a Antonino, a La Gallinita Rabona, a ¡Tilingo! ¡Tilingo! Es

éste un material cuya función es insustituible. Claro, que muchos maestros actuales en un esfuerzo elogiado por dar un contenido placentero a su trabajo diario, inquisitoriamente, persiguen y buscan con avidez todo material que tenga algo de hermoso y dulcificante.

De esa manera, nuestros niños han vivido inolvidables horas, imperecederos momentos, al lado de Blanca Nieves, del Soldadito de Plomo, de Pinocho y tantas otras criaturas bondadosas. Fácil es apreciar que la delicadeza y ternura de La Cenicienta, por ejemplo, son de una elevación y elegancia superiores a la de Tío Conejo o de Rizos de Oro. Pero igualmente son los menos adecuados para mantener ese diálogo necesario de los adultos con sus hijos. Indudablemente, que estos personajes de hoy surtirán el mismo efecto e igual función en el recuerdo e imaginación de los hombres de mañana. Mientras tanto, la desarticulación de un proceso perfectamente continuado, desata y desampara al mundo interior del niño actual. ¡Qué fácil y edificante sería hablar profunda e íntimamente con nuestros niños, con mayor frecuencia!

Pero para hablar profunda e íntimamente con ellos, tendríamos que hacerlo con palabras, imágenes, criaturas suyas y nuestras. Sería un contacto de hondas confesiones donde alguien defiende y comunica lo más cristalino y vital de su existencia y alguien, asimismo, recoge el fruto más apreciado de su apetencia psíquica. Sería un diálogo gozoso y expresivo, puro y cristalino en su elocuencia.

Igual olvido ha padecido todo un conjunto de experiencias poéticas y emocionales de ese valioso intento por crear una voz venezolana. Escojamos alguna de las coplillas que integran al Cancionero Popular de José E. Machado:

**“La mujer que quiere a dos
los quiere como hermanitos:
el uno le trae la jaula,
el otro los pajaritos.”**

O esta otra:

**“Si se casa, compañero,
busque una mujer morena,
pues de las blancas y rubias
de ciento sale una buena.”**

No hay motivo alguno por el cual hayamos dejado desvitalizar tanta gracia y hermosura, tanto ingenio y picardía del ágil decir popular de ayer. Por no haberse desarrollado una labor consecuente y amorosamente venezolana, dejamos fenecer tanta emoción y donosura. Todo un cúmulo de esfuerzos y sacrificios nacionales que hoy permanecen tristemente inhabitados.

Pero quizá por esa misma urgencia de hacer y por la abundancia de materiales con que construir de la hora de hoy, pretendemos deshechar lo más aprehensible y cercano, lo más sencillo y simple. Simplicidad y sencillez que son una consecuencia misma de su vieja función en la docencia espiritual. Pretendemos organizar y edificar nuestro mundo interior con la misma urgencia y precipitación que nuestro mundo físico. No hay nada más destructivo. Lo más sincero y organizador sería desarrollar y ampliar nuestro propio vivir, sin romper su consecuencia histórica.

Sin embargo, la escuela venezolana sigue desarrollando su labor en medio de voces dispersas y principios extraños; en medio de la mayor falta de continuidad progresiva. Cuando se inicia el año escolar, parece que se iniciara nuestra labor de siempre. Y si algo ha hecho victorioso al hombre, ha sido el haber podido conservar lo más valioso de su propio hacer. Si algo lo separa de su bestialidad inicial, es su capacidad para aprovechar su experiencia anterior. “Las pobres bestias se encuentran cada mañana con que han olvidado casi todo lo que han vivido el día anterior, y su intelecto tiene que trabajar sobre un mínimo material de experiencias.

Parejamente, el tigre de hoy es idéntico al de hace seis mil años, porque cada tigre tiene que empezar de nuevo a ser tigre, como si no hubiese habido antes ninguno. El hombre, en cambio merced a su poder de recordar, acumula su propio pasado, lo posee y lo aprovecha.” (1).

¡Qué espléndida labor sería la de nuestros directores de escuelas, si dentro de sus funciones estuviera la de almacenar el fruto costoso del esfuerzo individual de cada maestro! Sería una manera de unificar voluntades y experiencias, en la lucha ardorosa por conservar al hombre y sus vivencias. Sería una forma de facilitar el préstamo de aptitudes y preocupaciones entre los propios maestros.

A esta desviación hemos llegado por haber desarrollado nuestra labor diaria en medio de cierto intelectualismo desorientador. Absortos en el análisis del magnífico material que nos viene de experiencias realizadas por comunidades de otras latitudes, descuidamos el propio material que fluye a nuestro alrededor. Pretendemos con esta actitud, darle un valor general e inalterable a la experiencia humana. Como si las palabras y los hechos tuvieran el mismo significado en circunstancias diferentes. Cuando, por ejemplo, hablamos del mar en una escuela de Caracas, lo hacemos con la misma vehemencia que si lo hiciéramos en una escuela margariteña. Pero la emotividad y validez pedagógica de nuestras expresiones, deviene de la función que realiza dentro de la vida real del niño, de su comportamiento en su juego vital.

En este sentido, el PRIMARIO de Fuenmayor, adopta una conducta ejemplar. Con una gran intuición pedagógica, eleva y enaltece a uno de los seres que con su laboriosidad ha contribuido grandemente a la existencia humana: La gallina. La gallina, el cerdo, el caballo, fueron también hasta no hace mucho la base material de nuestra vida nacional. Y no fue, quizá, por una actitud desprevenida y sin conciencia que Alejandro Fuenmayor, la tomó como ejemplo moralizador y dignificante del trabajo. La Gallinita

(1) La Psicología de las Masas. Ortega y Gasset.

Rabona nos habla elocuentemente de la utilidad y necesidad del trabajo laborioso a la contribución de uno de los mejores colaboradores en nuestra diaria edificación humana.

Actualmente parece que se está cumpliendo la moraleja de “La Historia del Conejito” que fue desplazado de su casita de palmas por la zorra perezosa. Después de tanto esfuerzo y abnegación para edificar una casa para la infancia, parece le decimos: “Aquí no cabemos los dos, porque la casa es chiquita. Te tienes que salir tú.”

Parece pecaminoso que hoy que extendemos la mano a toda voluntad extraña, lo hagamos a costa del destierro de los que más tienen derecho a permanecer en ella. Perfectamente podemos, sin negarle nuestro pan y cobijo a nadie, sin sacar a la zorra, sin hacer uso del ¡Quiquiriquí! Del gallito ingenioso, proseguir nuestra vida venezolana, en unión de los que quieran compartir nuestro lecho pacíficamente.

Diálogo Ciudadano

En algunas oportunidades, la prensa ha puesto de moda el tema de la crisis artística venezolana. A su alrededor, los intelectuales han emitido las más diversas opiniones, de las cuales se recogen las siguientes:

- 1° Nuestra posible crisis es la consecuencia de no haber establecido la intelectualidad, algo así como un “diálogo con la nación”.
- 2° Nuestra crisis artística es el efecto de un fenómeno más amplio; lo que podría llamarse una “crisis de pueblo”.

Esta última tesis no dejó de tener un efecto saludable, porque los más veían el fenómeno como propio y único de la actividad artística nacional. Pero resulta absurdo y utópico suponer que el arte y la literatura de un pueblo no expresen su íntima y peculiar vivencia. Por escasa que sea la sensibilidad humana de un artista, no puede sustraerse de la dinámica social. No es esto asegurar que todo intelectual sea leal activista de los objetivos progresistas de su pueblo. Los hay quienes son expresión ideal de los aspectos más anti-nacionales. No hacen con ello sino servir y expresar el pensamiento de determinada realidad social, la de sus propios intereses.

Presentar nuestra crisis como un fenómeno exclusivamente artístico y literario es ponerse, de antemano, al lado de creencias muy poco edificantes, nacionalmente. No dudamos que la falta de “diálogo con la nación” tiene mucho de cierto y provechoso. Lo falso está en presentarlo como causa de nuestra discutida crisis nacional y no como un efecto de ella. La ausencia, en muchos de nuestros pensadores, de un estado vigilante y alerta, ante el proceso histórico, no puede explicarse sin señalarse vicios y estados críticos en la forma como encaramos nuestra terrible urgencia de ser. Son escasos los espíritus que cumplen con ese llamado “diálogo con la nación”. Esos espíritus vigilantes saben y por saber hablan, que en el proceso histórico sí

puede intervenir la voluntad y la razón, en el intento de lograr más hermosas y humanas síntesis.

La historia se nutre de realidades, hechos y razones. Realidad, hecho y razón son la génesis de la historia misma en una acción mutua y dialéctica. La razón de ser de nuestra voluntad nacional, encauzada a través de nuestros institutos de cultura, sería entonces la de amparar y desarrollar nuestro hábito de ser.

Venezuela está ante la presencia de una transformación rápida y apresurada de su conformación física. Indudablemente que esa misma transformación crea nuevos estados de conciencia; que obliga al venezolano a dar frente a la vida con una actitud diferente. Fuimos una generación formada bajo la docencia de horizontes amplios y liberadores; de paisajes montañosos enternecedores y edificantes; de cielos despejados y ciudades tranquilas y sosegadas. Es el concreto y la impertinencia de la pared cercana la que vigila y enmudece nuestra visión de hoy. Ayer, el río o la sabana detuvo y toleró el impulso desenfrenado de nuestra infancia. Hoy tiene que ser, necesariamente, la esquina ciudadana, la bodega estridente, el bar ensordecedor o la pacífica vida del vecino, las que tienen que tolerar la molesta condición de ser de la infancia venezolana. Ayer delinquimos contra la dulce vida de los animales silvestres, contra la impasible naturaleza vegetal, contra la muda expresión de nuestros arroyos; hoy delinquimos contra la indiscreta discurrencia ciudadana; contra la propia vida humana.

Un mundo así disperso, así desarrollado es inepto para sostener el esfuerzo constructivo y salvador de nuestro hacer artístico. La fortaleza del mundo literario y artístico, emana y se sostiene por la propia acción del pueblo a quien eleva. Y este discurrir agotador de hoy, sin hitos, sin oasis, carece de la consistencia cultural y moral, capaz de estimular la consecuente labor de nuestras voluntades más abnegadas.

Pero más de una comunidad ha salvado obstáculos mayores. La nieve, por ejemplo, que en las ciudades nórdicas obstruye y ciega la vida de la más preciada criatura natural; que mata y niega el proceso vital de la naturaleza, ha sido erigida en un elemento que poetiza y unifica la vida social. Esos pueblos, ante la impotencia de hacerla partícipe, físicamente, en la construcción del vivir cotidiano, la integraron en un mundo ideal y tolerante. No blasfemó contra ella, sino que le aceptó paciente y positivamente. ¿De qué otra manera fueran hermosos los relatos infantiles de La Virgen de las Nieves, La Niña de las Cerillas o la sugestiva expresión de Blanca Nieves? ¿Cómo habrían podido celebrar cristiana y dulcemente la llegada del pan navideño? Por ese proceso de idealización inteligente, la nieve, de elemento negativo del proceso vital, es fuente de creación y elevación de la condición humana.

Ellos han poetizado la nieve por la misma razón que la humanidad poetiza al llanto y la tristeza: porque son funciones de la vida misma. Quizá por esa razón, nuestros educadores quisieron hacer simpáticos a animales tan inútiles como la cucaracha y el ratón, con los relatos de Ratón Pérez y la Cucarachita Martínez. En ellos privó, quizá, la intención de tolerar la vida impertinente de esas inútiles criaturas.

Nos parece que nada constructivo hacemos con blasfemar y maldecir la fealdad de nuestro propio existir. Si el ensanche y la complejidad ciudadana ha eliminado a los guardianes materiales de la ocurrencia de nuestro existir lejano, no sería lo más nacional aborrecer e injuriar la nueva morada venezolana. Si el bloque de apartamentos sustituyó a la casa; si la calle apacible es hoy la avenida intransitable, lo edificante será construir con esos elementos una existencia más nacionalmente humana. Nuestra función debería ser llevar hasta ellos la vida preciosa de nuestros mejores símbolos. Es muy posible integrarlos como fuerza de nuestra lucha creadora.

El hombre, como organización humana, tiene más de hechura, de construcción, que de herencia natural. Puede ser muy terrible y determinante su propia voluntad humana, pero más lo son sus propias armas de cultura. Tan difícil es elevarse al más estimado de los mundos, como degenerar hasta la más repudiable actitud ciudadana. Y si el hombre está presto al atentado y el crimen, es porque no tiene nada que defender, nada que conservar, porque la sociedad no le ha provisto de alguna reliquia interior que lo detenga; de alguna dulce cosa que le diga: ¡Alto!

En la inmensa labor de construcción del hombre han intervenido los más reacios elementos. Los que integran esta nueva realidad no podrían ser los más invencibles. Cuando el arte y la literatura actuales se empeñen en vitalizar y armonizar este mundo de fuga y evasión, cuando domestiquen y hagan sedentaria a nuestra voluntad ciudadana, habrán cumplido con su mejor función histórica; habrán eliminado su propio mundo crítico.

“Caracas, allí está”

Volvamos sobre el tema de la posible crisis nacional. Volvamos sobre la tesis según la cual esa crisis nacional sólo afecta a nuestro mundo literario. Nosotros repetimos que la crisis de nuestra literatura, si es crisis la adjetivación correcta, es el efecto de un fenómeno más amplio: nuestra transformación social. Es impensable que el aflujo caudaloso del dólar en nuestra economía se suceda tan insensiblemente para nuestro devenir social. Es innegable que la riqueza petrolera ha violentado toda nuestra estructura social, creando un estilo de vida diferente, golpeando rudamente nuestra conciencia nacional.

Venezuela está en crisis, pero no crisis por decadencia, por caducidad o incapacidad de vivir. Su crisis es el efecto mismo de su violento desarrollo. Es una crisis por crecimiento. La antigua moldura nacional no podía ser apta para que funcionara una economía de grandes dividendos como la actual. El pequeño molde social que fue forma de una producción agrícola y pecuaria incipientes, tuvo que ceder rápidamente para dar asiento a la poderosa industria petrolera. Sin ningún desarrollo consecuente, sin ninguna progresión histórica, nuestro peón es convertido en obrero, y el azadón, en taladro. Del día a la mañana surgen nuevos pueblos, nuevos centros de población, cuya única trabazón interior fue el petróleo.

Ante esta mudanza imprevista, fue natural que olvidáramos muchas cosas preciadas. Quizá, lo más valioso de nuestra mejor herencia, se quedó olvidada en la dulce intimidad del hogar violentado. Muchas otras perdieron su vigencia. Recordamos, por ejemplo, el “Caracas, allí está...”, del familiar Juan Antonio Pérez Bonalde. Sería profunda la transformación del poema si pretendiéramos adaptarlo a la nueva realidad capitalina. Igual fenómeno sucedería con “El Limonero del Señor” o con “Las Uvas del Tiempo”, del cristalino juglar cumanés.

Caracas está en un período de mudanza apresurada. Sus antiguas cosas, su vieja forma ha sido destruida para ponerse a tono con el nuevo mundo que la habita. Tenía que convertirse de dulce capitalina acampesinada en la bulliciosa mujer de mundo que es hoy en día. La transformación física de su ambiente tenía que provocar el cambio psicológico de su espíritu. Esa transformación, lógico es de suponer, no podía operarse sin ser sentida y padecida por sus habitantes y principalmente por sus niños.

Si en algo se diferencian la escuela tradicional de nuestros modernos sistemas de enseñanza, es en que mientras aquella fundamenta el aprendizaje en ideas lógicas, la nueva escuela lo basa en vivencias psicológicas. El niño más que pensar, siente. El medio que lo rodea, la realidad que lo circunda sólo puede integrarlos en su personalidad cuando los vive. La posible proyección sentimental del hombre con su medio, se opera una vez que haya gozado y padecido en él.

En Caracas, los parques, las plazas, las avenidas han surgido imprevistamente por la imperiosa necesidad de transitar con comodidad. Si antes los antiguos parques y plazas fueron el sitio propicio para el coloquio ciudadano, no podemos decir aún lo mismo de las actuales. Están como ornamento saludable de la ciudad que se levanta, pero sin justificarse por el uso. Quizá, podamos apreciar su importancia mediante un razonamiento detenido de la nueva situación física de nuestras ciudades. Pero ellas son todavía realidades frías, sin contenido alguno, que poco hablan al alma ciudadana. No son más que piedra ornada, decoración inhabitada en las nuevas avenidas. Carecen del fuego psicológico, de las dulces vivencias que añoran espíritus tan selectos como Mariano Picón Salas o Mario Briceño Iragorry. Su dolor y su añoranza no son más que el adiós venezolano a algo imperceptible: la vida que gozó y padeció en nuestras calles y esquinas de ayer; la que hablaba de magníficos esfuerzos; de hermosas y preciadas voluntades.

Toca a las nuevas generaciones dar contenido y vitalidad a esta nueva realidad circundante. Serán nuestros jóvenes y niños los encargados de integrar, con estas modernas vestiduras, el mundo interior de nuestras capitales. Pero en esa integración deben participar, como elementos unificantes, los valores fundamentales de nuestra tradición nacional. En los parques y avenidas de Caracas, en sus modernos edificios y centros sociales, deben latir de nuevo el mismo corazón de siempre: el del joropo y Tío Conejo; el de Bolívar y Pedro Camejo.

Sin duda alguna, es noble y animador el esfuerzo que en ese sentido lleva a cabo fecundas voluntades. Pero mientras ese esfuerzo no sea la conducta general de un plan amplio y nacional, sus realizaciones podrían perderse ante la sonoridad absorbente de voces exóticas y deprimentes. Nuestras cosas, aunque muy hermosas y queridas, no tienen la consistencia histórica, ni están en el más fértil de sus momentos para resistir la influencia deshonesto de otras culturas más sólidas y poderosas.

A Venezuela llegan a cada momento numerosas corrientes inmigratorias. Hombres y mujeres, procedentes de comunidades de una gran organización y tradición cultural. Ellos no vienen solamente a buscar un pan más accesible y pacífico; vienen fundamentalmente a vivir; a expresar su propia condición humana. Es imposible y oprimente que permanezcan impasibles ante nuestro cotidiano discurrir ciudadano.

Intervendrán en nuestra diaria construcción social y humana y lo harán con sus propias armas. Ese sería el momento adecuado para permanecer erguidos y aptos para aceptar todos los positivos valores de culturas más entrenadas en la universal convivencia del hombre. Es lógico, que ante la presencia de nuestros símbolos, ellos opongan los suyos; que defiendan sus héroes milenarios ante el coraje juvenil de nuestro mundo nuevo; que duden de la validez histórica de las más verídicas criaturas

nacionales: Bolívar, Páez, Vargas, Soublette. Porque ellos no conocen el sacrificio inmenso, la devoción heroica del mundo que simbolizan.

La escuela venezolana tiene por delante la más urgente de las labores: reivindicar y justificar la validez de muchos valores desechados. Hacer de nuestros símbolos y vivencias el escudo humano de nuestra vida nacional. Es posible hacer que nuestras avenidas, nuestros parques y nuestra precipitada existencia ciudadana, adquieran el tinte y la emoción de cosa hecha por nuestras propias manos, con nuestro propio esfuerzo vitalizador. Allí están Tío Conejo y Ratón Pérez, Doñana y Alma Llanera, prestos para revivir una existencia olvidada.

La Conquista de la Calle

Es indudable que el hogar ha perdido clientela en los últimos tiempos. La calle, el trabajo incesante, el cine, le han restado al hombre mucho del tiempo que antes dedicaban al cuidado del hogar. Aquellas visitas amenas y confidenciales de ayer han desaparecido de nuestras prácticas comunes. A nuestros amigos o parientes les atendemos en el bar, en el cine o en el centro social más familiar. Las familias se reúnen ya no para cenar o merendar en casa, sino para ir a la playa o al dancing. Así fenecieron, tristemente, aquellos hermosos coloquios familiares y de donde surgió la más sincera práctica de la amistad. La playa, el cine y la calle, que ahora son los centros de convivencia familiares, puede que sean propicios para la desnudez del cuerpo, aunque no para la desnudez del alma.

Por ello, las relaciones familiares han pasado a ser un juego de reverencias mecánicas, de preguntas-respuestas y saludos-hechos, que muchas veces son pesados y ridículos, cuando, deportivamente, pensamos en su fealdad y falta de ingenio. Hasta se hace posible calificar a las amistades en dos tipos especiales y característicos. El hombre saludador, que juega con facilidad con todo ese conjunto de frases y refranes de moda y que el hombre de hoy inventa para no tener que pensar a cada momento. Es el individuo “político” que a cada quien regala una sonrisa diferente y que siempre está presto para desdoblarse y presentarse según el gusto de cada quien. Al otro grupo, corresponden aquellos que pasan junto a sus amistades, levantan el brazo o hacen cualquier mueca y prosiguen sin interrumpir en absoluto su marcha. A éstos los hemos llamado los ciudadanos perfectos.

Y es que en estas ciudades de hoy, agitadas y febriles, donde cada quien tiene el tiempo limitado, el mejor ciudadano será aquel que menos tiempo quite a sus semejantes. No estamos para “malgastar el tiempo” ni es ésta aquella época donde encontrar a un amigo significaba hacer un alto en

nuestro devenir y empezar una charla, plena de confidencias alborozadas o de graves comunicaciones, pero donde nunca faltó el chiste ingenioso y que pasó a ser como una condición del venezolano.

La calle de hoy no se presta para ese tipo de convivencia. La mansa, tranquila y pacífica calle de ayer ha sido invadida por torrentes de masas humanas, de vehículos, de lamentos y apetitos desatados que imposibilitan la fecunda convivencia de épocas idas. El hombre de la calle, al que vemos a diario cruzar apresurado, entregado al mundo de sus pertenencias, es un ser inepto para cualquier coloquio espiritual. Este mismo hombre puede ser el individuo sensible y amable del hogar o la oficina. Pero la calle le ha convertido en algo amenazador, capaz de demoler toda solidaridad humana.

Ese mundo callejero de hoy, anárquico, absorbente en su dispersión, entregado a una fastuosa orgía de energías vitales, es ante todo un peligro de graves alcances para la vida nacional. En él son disgregados con suma facilidad los valores organizadores de nuestra unidad venezolana. A él concurren las contorsiones sensuales de la guaracha, la lujuria apetitosa del cabaret y las acrobacias de la lucha libre. Caracas, nuestra Caracas, tiene algo así de suicidio, de cosa que se desgarrar, alegre, bulliciosa y febrilmente, pero al fin, algo que muere.

Para el niño y para la escuela resulta heroico esquivar tanta fuerza demoledora. Al maestro no le ha quedado más que convertirse en religioso condenador de tanta fealdad, en su búsqueda diaria y angustiosa, para evitar tanta desorientación en la infancia y la adolescencia. Y no hablemos del limpia-botas o del billetero. Para ellos ya están hechas las cárceles y las colonias móviles. Hablamos del niño que tiene hogar y acceso a la escuela. Ellos están propensos a esas desviaciones, por lo que hay que pensar en “ese contacto del niño con la cruda realidad callejera...” “y que no se vea arrastrado de ese mundo alucinante que es para el niño la placentera, torcida, dolorosa y espléndida vivencia de los seres humanos”. ¿Dónde

construir la muralla china que evite ese contacto? Imposible. El niño tiene que concurrir a ese mundo. Más aún, cuando “el patio colonial, con sus tinas de plantas floridas”, según el decir delicioso de la gran Juana del Sur, y que fue sitio propicio para el sano desarrollo de generaciones más consecuentes con nuestra venezolanidad, ha ido desapareciendo ante la urgencia de economizar espacio.

Sin embargo, no siempre fue así. En nuestras calles hay un gran material que, respondiendo, a una mejor organización, podría ser la semilla inicial de más hermosas síntesis del acontecer humano. Hagamos de la calle un sitio solidario, armónico, acogedor y edificante. La conquista de la calle viene a ser de esta manera, una consigna que cualquier colectividad de alta conciencia y vigilante de sus más puros valores históricos, debería levantar como obligada práctica de sus mejores instituciones.

ÍNDICE

	Pág.
La Pasión Venezolana de Luis Alfaro Salazar	4
La Mejor Cosecha	8
Tambor y Guarura	11
Joropo y Unidad	14
Tío Conejo el anti-Realista	20
Tío Conejo y el Pato Donald	23
La Gallinita Rabona	28
Diálogo Ciudadano	33
“Caracas, allí está”	37
La Conquista de la Calle	41

Graficas Margarita C. A.

TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.

Transcripción, corrección, diseño y diagramación:

Licdo. Frank Omar Tabasca

frank_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Septiembre de 2022